

Casos Clínicos

- [La violencia y sus efectos](#)
- [Introducción](#)
- [J y su "sadismo"](#)
- [Las inhibiciones de M](#)
- [Una reflexión](#)
- [Referencias](#)

Sodely Páez Delgado

Sociedad Sicoanalítica de Caracas

La violencia y sus efectos

Fecha de recepción: 16/07/2011

Fecha de aceptación: 22/09/2011

Title

Violence and its effects

La violencia y sus efectos

Introducción

Melanie Klein, lapidaria, sostenía que el odio precede al amor; radical afirmación que sólo podríamos suscribir si aceptáramos como cierta la teoría metapsicológica de las pulsiones de vida y muerte, según la cual, a partir de los mecanismos de escisión y deflexión, el bebé realiza una primera y fundante operación defensiva con el fin de protegerse de su propia destructividad. De este modo, al proyectar la pulsión de muerte para salvaguardar al yo de la amenaza aniquilatoria implícita en dicha pulsión, convierte en persecutorio y hostil, odiado y temido, al objeto primordial (clivado y parcial).

Pero son, como sabemos, los sucesivos intercambios del bebé con este primer objeto, los que se encargarán de confirmar o, por el contrario de atenuar, neutralizar y/o modificar esta percepción hasta paulatinamente arribar, si el recorrido no presenta grandes complicaciones, a la integración de los aspectos buenos y malos del objeto. Es sólo a partir de allí que su innata capacidad de amar queda habilitada y con ella la de confiar, creer e ilusionarse.

El asunto no es meramente pulsional. La precaria imaginería de la mente del bebé requiere, sin duda, de la presencia real y e(a)fectiva de una madre "suficientemente buena" para auxiliarlo en los procesos de organización y equilibrio psíquicos necesarios para su desarrollo y crecimiento. "Portavoz" es como ha llamado Piera Aulagnier a la figura encargada de esta función, donde lo pulsional encuentra soporte y traducción(1).

Pero, inexorable, el síntoma hace su puesta en escena. Como formación de compromiso, se desliza inadvertidamente, entronizándose con todo su esplendor y majestad. Se instala a sus anchas, como infiltrado en una fiesta a la que no fue invitado y en la que termina no sólo aceptado, sino bien recibido por unos anfitriones quienes recelosos al principio, se resisten más tarde a que el extraño abandone la sala.

Estoy convencida de la importancia y el peso que tienen la cultura y lo social en la forma en que el síntoma, inherente a la naturaleza y condición humanas, se nos presenta. Coincido con los que opinan que todo síntoma es reflejo de la época y circunstancias en las que se inscribe; las marcas culturales son innegables, a ellas debe su rostro y sus ropajes. Pero sigo pensando que los conflictos psíquicos determinantes de la aparición del síntoma, continúan siendo los mismos que hasta ahora conocemos y que derivan básicamente, para decirlo de manera muy reducida, del modo específico en que logran organizarse pulsiones y defensas alrededor de los ejes narcisístico y/o edípico del sujeto.

El conflicto que lleva al sujeto a buscar ayuda, se origina en su interior, parte de sí mismo, de

sus experiencias tempranas, de la modalidad de los vínculos establecidos, de su singular modo de vivir la sexualidad, etc. El entorno, la realidad externa, es una buena excusa para dejar escapar los demonios.

La clínica aún no me ofrece datos que revelen alteraciones de otro orden u origen. No he podido encontrar otras razones para ubicar los condicionantes psíquicos de las llamadas patologías contemporáneas, neomorbilidades, neosexualidades, etc.

Los tiempos que vivimos, llamados por algunos como “hiperrealistas” (Baudrillard), “hipermodernos” (Lipovetsky) o “posthumanos” (Lyotard), habiendo perdido vigencia el concepto de “postmodernidad”, están caracterizados por una violencia desbordada y desbordante, una prisa y huida hacia delante que no deja espacio para el ocio, para la postergación, la espera, la contención y la reflexión. La pulsión es el imperativo dominante y todo vale para su satisfacción, mientras tanto, el otro como semejante ha dejado de importar. “Su majestad el bebé” ha cumplido mayoría de edad.

Las relaciones virtuales amenazan con sustituir el contacto directo, físico y personal entre las personas, el sexo es más rentable y seguro que el amor y el desmoronamiento de las viejas instituciones y los antiguos ideales, son fenómenos de extensión creciente que aún no dan lugar a nuevos y estables modelos de pensamiento y relación.

En este contexto de aceleradas mutaciones sociales, la familia ha sufrido también sus consecuencias y ha cambiado por tanto su forma tradicional de concebirse y conformarse.

Como analistas nos encontramos en un atolladero: nos enfrentamos con nuestros mismos y clásicos instrumentos a nuevos y variados desafíos. Para los que trabajamos con niños y adolescentes el reto es aún mayor, ya que son mayores y más heterogéneas las variables incluidas en nuestra práctica y que involucran no sólo al paciente, sino también a su grupo familiar, escolar, social, etc.

Nuestra tarea como analistas, de favorecer la discriminación entre realidad interna y externa y coadyuvar a la integración del yo del paciente, en el propósito de que éste pueda acceder a una mejor calidad de vida, con menos sufrimiento, se convierte en un ejercicio de extrema exigencia y de gran dificultad en los actuales momentos. La situación es mucho más grave en contextos donde la violencia externa e interna terminan solapándose y confundiéndose.

Me he preguntado, cómo logra estructurarse el yo, en tanto instancia fronteriza que se constituye a partir de las demandas y exigencias de las realidades internas y externas, en medios sociales que, aunque no en guerra, son atravesados por otros tipos de violencia... “¿Qué individuo es el que surgirá de este parapléjico presente?... ¿Qué fenómenos metapsicológicos operan en la mente de nuestros niños?... ¿Cómo afectan su psiquismo el rumor y la amenaza permanentes?”. La angustia señal corre el riesgo de perder su función y transformarse en angustia real.

En la Caracas de hoy la inestabilidad y el miedo han penetrado nuestros hogares. La casa ha dejado de ser el refugio seguro en una sociedad intransitable, desguarnecida y secuestrada por el hampa, la conflictividad política y la persecución.

A continuación presentaré dos viñetas a partir de las cuales abordaré los puntos expuestos hasta aquí.

Ambos niños de 10 años, son llevados a mi consulta por presentar miedos diversos e importantes signos de ansiedad que les impiden quedarse a solas, les ocasionan trastornos del sueño y les hacen sentir en peligro constante de ser robados o secuestrados.

J y su “sadismo”

J, había comenzado a fallar en el colegio; se mostraba desmotivado respecto a los estudios y pese a poseer una aguda inteligencia y amplia curiosidad intelectual, empezó a obtener bajas calificaciones, a portarse mal en clase (pararse de la silla, hablar, no prestar atención, hacer “payaserías”) y pelearse con algunos de sus compañeros.

Hijo único de padres divorciados desde sus tres años, vive con la madre y los abuelos maternos, quienes se encargan de él hasta que su madre llega del trabajo en la noche justo para cenar, revisar las tareas y dormir. Todas las noches se pasa a la cama de ésta y ella lo deja porque “ni lo siente”. Al padre sólo lo ve en Navidad, pero ello “no es un problema” para él, asevera.

Los primeros meses del tratamiento solía acudir con entusiasmo a las sesiones y hablaba con fluidez, soltura y elocuentemente de sus miedos por demás “justificados” ya que por su casa habían ocurrido muchos robos, de los cuales ellos mismos habían sido víctimas pocos meses antes de comenzar la terapia.

Le gustaba hablar y subestimaba el uso de materiales para jugar, se acostaba en el diván y dramatizaba sesiones como si de un paciente adulto se tratara. Preguntaba sobre la técnica, la teoría en la que me apoyo, la duración del tratamiento, etc. preguntas todas que yo recibía con atención y que eran selectivamente respondidas por mí al tiempo que otras fueron interpretadas

como un deseo, no reconocido, de saber de sí y que era transformado intelectualizadamente. Esta estrategia me permitió ayudarlo a resolver su inhibición intelectual y aceptar una parte infantil, descalificada y maltratada por él mismo que emergía de manera sintomática en sus miedos, su comportamiento disruptivo, su fracaso escolar y su imposibilidad de dormir solo.

Una vez instalada la transferencia positiva y la confianza en la terapia y en mí, J comenzó a jugar. Escogió al principio, casi monotemáticamente, unos guantes de boxeo con los que, luego de romper algunas resistencias, derrotaba y vencía sin piedad al padre o al novio de la madre representados por mí. Siempre se cuidaba de aclararme que era “en juego” que me daba una paliza descomunal hasta dejarme rendida y a veces muerta en el ring. Literalmente knock-out!... Pudo con este juego admitir y reconocer tanto su odio al padre como sus celos hacia el novio de la madre y, al sentirse comprendido y aceptado por mí, comenzó a jugar a los secretos, probándome continuamente en mi promesa de confidencialidad.

Este juego consistía en alternarnos con un taco de madera el turno para confiarnos, una a una, verdades íntimas y secretas y que nadie, absolutamente, siquiera sospechaba. Me confesó en susurros “soy un adicto a la pornografía”, que solía masturbarse contemplando por TV o Internet escenas de orgías y sadomasoquismo y por último que definitivamente era un “sádico” porque “disfrutaba” el ver “maltratar animales”. Todo esto fue comunicado con total naturalidad, sin incomodarse ni exhibir la más mínima emoción, pero consciente de que era una información que debía mantenerse en secreto.

No pude dejar de preguntarle con genuino interés en conocer su motivación “¿Por qué y para qué me lo contó?”, ya que al parecer no eran temas que generaran malestar, preocupación o angustia en él.

“Sencillamente eres mi psicóloga y debes saber todo de mí, ése soy yo: ¡un sádico!”.

.El juego continuó desarrollándose dentro de la misma tónica, con interpretaciones referidas al aspecto defensivo de tal convicción con el objeto de dominar sus miedos a “otros” vividos como más poderosos, más sádicos y malos que él.

Seguía el despliegue detallado y exhibicionista de sus “preferencias sexuales” y sus inclinaciones al maltrato, las cuales, sin embargo, solo ocurrían en sus fantasías, hasta que finalmente, después de haberme paseado del susto al hastío, haciendo uso de mi contratransferencia y tomando estas comunicaciones como productos sintomáticos más que como configuraciones perversas propiamente dichas, le interpreté su deseo de asustarme y dominarme con su supuesto sadismo al mostrarse ante mí como un hombre grande con una sexualidad muy activa y potente. En otra ocasión también le señalé su deseo erótico hacia mí y su intento de provocarme y excitarme -inútilmente- porque él era un niño y yo una mujer adulta: “eso aquí no va a pasar”, le dije suave pero firmemente.

A partir de entonces, el juego y el contenido de los mismos cambiaron. Empezó a jugar con carritos, hacia competencias mientras seguía utilizando la palabra para relatarme lo que sucedía en su vida. Paralelamente, sus síntomas mejoraban notablemente pero aún persistía su necesidad de dormir con la madre. Supe entonces que ambos se bañaban a veces juntos y que no tenían ningún inconveniente en desnudarse uno ante el otro, con lo cual alimentaba su fantasía de que con su madre “eso si podía pasar”: en la cama, en el baño.....

Una indicación a la madre modificó esta situación y junto con el trabajo terapéutico que seguimos realizando, J comenzó a dormir solo en su cuarto y “olvidarse” de los ladrones.

Las inhibiciones de M

Por su parte M, agobiado por los miedos, se mantenía inhibido en casi todas las áreas. El ladrido de su perro era el anuncio seguro de ladrones que entraban a su casa, lo cual lo hacía mantenerse en alerta casi todas las noches sin lograr conciliar el sueño en las horas apropiadas, ni mantenerse dormido de manera apacible.

Su ansiedad generalizada entorpecía sus relaciones en general y con sus padres en particular, a los que había introyectado como severos, exigentes y punitivos, especialmente a la madre, con quien había establecido, retaliativamente, un trato descalificatorio y despótico.

Aprensivo, con bajísima autoestima, venía perdiendo los espacios en los que antiguamente se había destacado (como los deportes) y, aunque su rendimiento académico era óptimo, siempre sentía el rigor y la angustia anticipatoria de un fracaso que solo existía en su imaginación. Al mismo tiempo, se había producido un marcado retraimiento social durante el último año y supe por los padres que prácticamente se había quedado sin amigos; estaba muy solo en los recreos, no recibía invitaciones a cumpleaños y al parecer era objeto de burlas por parte de algunos compañeros.

Mientras al padre le preocupaba su vulnerabilidad, su llanto fácil y dificultad para defenderse, la madre se quejaba de su excesiva demanda, su competencia con el hermano menor por la

atención de ella, sus rabietas y su estrés permanente.

M todo lo negaba, racionalizaba sus miedos a los ladrones “en una ciudad como Caracas” e intentaba convencerme de su confianza en sí mismo y de su éxito y superioridad en todo, “yo no tengo ningún problema, los problemas los tienen ellos”, refiriéndose a los padres (en parte con razón, como suele suceder).

La rápida transferencia positiva me permitió establecer un trabajo interpretativo sin mayores resistencias de su parte, jugaba con facilidad y poco a poco se iban ablandando sus defensas, comunicándome con espontaneidad sus dificultades sociales, su temor al rechazo, sus sentimientos de minusvalía y su rabia a la madre por sentirla indiferente, ausente, sin tiempo para él: “no me quiere, es como si le estorbara”, afirmaba con un dolor que yo podía sentir como propio.

La madre, desesperada, me pedía ayuda por el comportamiento cada vez más hostil de M hacia ella, pero le costaba entender las necesidades insatisfechas de éste, escudándose rígidamente en la falta de tiempo para compartir con sus hijos ya que “ella sola tenía que encargarse de todo en la casa”. Lucía siempre cansada y sobrecargada, el padre tampoco se percibía muy feliz. No compartían ni se distraían mucho y, al igual que M, como se les señaló, también vivían con ansiedad y, casi exclusivamente, para la obligación y el trabajo; el placer era una abstracción para todos, excepto en verano cuando se daban el permiso de vacacionar.

Transcurrían las sesiones sin tropiezos, hasta que un día M advirtió en el consultorio la presencia de una revista-cuento de educación sexual para niños relativa al origen de los bebés, la fecundación y el alumbramiento. Este hallazgo le causó un verdadero shock: me reclamó, me llamó inmoral, lloró, qué cómo yo tenía allí esa “pornografía para niños”, qué cuánto falta para que se termine la hora, qué me voy, qué no aguanto más, bota ese cuento, qué asco, estás loca, voy a hacer pipí, qué no vuelvo más.....”

Sorprendida ante su reacción en apariencia exagerada pero por supuesto ya en sobre aviso respecto a la fuente de su angustia, intenté aproximarle, en vano, la temática sexual como causa de sus miedos.

Pude saber en las siguientes sesiones que se masturbaba desde pequeño y que esto le ocasionaba una tensión permanente; la costumbre de frotarse los nudillos incesantemente hasta causarse unos callos en la mano derecha, pude comprenderla entonces a la luz de estas revelaciones y señalárselo.

Progresivamente se fue acercando a la revista hasta convertir la lectura de la misma en su actividad favorita en las sesiones. Los padres referían una mejoría en general, pero su autoestima continuaba disminuida, al extremo de identificarse con la madre en todo aquello que solía reprocharle: se sentía “bruto, feo, pobre” y, aunque de tez blanca y cabellos dorados, al momento de llenar la ficha de inscripción para el campamento de verano al que iría en USA, para asombro de los padres, colocó “afroamericano” en la casilla designada para la raza. No me pregunten por qué la pregunta o su importancia, y si tal cosa “afroamericana” existe como raza, al parecer para esa sociedad lo es. Lo cierto es que esto le sirvió a M para seguir exteriorizando sus complejos y la imagen desvalorizada de sí. Se fue con miedo al campamento y con la certeza de que le iba a ir “fatal”, y aunque la realidad pareció otra cosa a todos, se empeñó en transformarla en una experiencia no muy gratificante.

Luego de unas largas vacaciones de dos meses y medio, entre las suyas y las mías, las resistencias y transferencia negativa no se hicieron esperar. No quería ir a las sesiones, sus síntomas recrudescieron y su descalificación se volcó sobre la terapia y sobre mí: “estoy peor que antes....esto no sirve para nada....a mi mamá le gusta gastar plata...esto me quita tiempo para estudiar...estaría mejor si toco batería en vez de venir aquí....tú no me ayudas nada...”. Entramos en un momento de impasse difícil de desmontar que me llevó en ciertos momentos a pensar en referirlo y creer, verdaderamente que yo no lo entendía, que no podía ayudarlo, y que tal vez lo más idóneo era que lo atendiera un terapeuta hombre, cuando en general dudo de la importancia del género del analista en la conducción del análisis.

Al percatarme de las violentas identificaciones proyectivas de las que era objeto pude rescatarme y recuperar el pulso de las sesiones. Pude entender lo asustado que estaba al pensar que había perdido su lugar y el uso de la denigración como mecanismo para defenderse de la angustia frente a la posible pérdida del objeto de amor. Le señalé que se hacía echar, que se quedaba fuera cuando quería en realidad otra cosa porque no sabía bien quién era ni para él ni para los demás. Le dije enfáticamente que yo sí lo podía y quería ayudar como lo ayudé cuando estaba pequeño pero que él debía permitirlo, “ambos podemos juntos”, con una certeza en la transferencia que no dejaba margen para la duda o el ataque.

Reducida así la transferencia negativa, comenzó a enseñarme todas las cosas que había venido aprendiendo últimamente acerca de política venezolana y estadounidense y sobre todo de historia, las maravillas del mundo “las viejas y las nuevas; pero no sé muy bien cuáles son las nuevas, buscaré”. Hablaba en lo latente de su propia historia, su división política entre el viejo M y el nuevo al que tiene que buscar y encontrar para conocer la maravilla de crecer.

Mis dos niños, vulnerables ambos, expuestos, tomados por tánatos de lado y lado (adentro y afuera), ordenaron sus peculiares modos de lidiar con lo pulsional. Narciso y Edipo hicieron lo suyo, J y M han caído en sus redes, a una edad, en la que aún en construcción (aunque lo estamos siempre!), ya no hay retorno sino recuperación y reparación. La estructuración psíquica ha sido anclada y el superyó es uno de sus resultados.

En ambos casos son evidentes las deficiencias narcisísticas, pero los estragos de la angustia son distintos y tiñen de un modo singular sus travesías edípicas.

El complejo de castración, con su angustia concomitante, actúa como un operador psíquico que organiza al sujeto y lo estructura en forma definitiva respecto a su deseo. Así, el sujeto neurótico pasa de ser “todo” para la madre a renunciar a esa posición, quedando vacilante y en búsqueda perpetua de la ilusión de completud perdida. La ilusión de conseguirla alguna vez, en otros objetos, fuera de la madre pero que remiten a ella y resignifican un momento y encuentro míticos, lo introduce en el orden simbólico y lo coloca dentro del campo y la dialéctica de la neurosis.

En los casos que he presentado, la neurosis ha sido la salida edípica, pero ambos niños han sido presas de fuerzas pulsionales y angustias tempranas que no encontraron un tercero que ejerciera la función paterna necesaria para la solución del atrapamiento materno. El tamiz de la represión no ha sido del todo eficiente y el síntoma se ha coronado en un protagonismo que no le corresponde.

He podido comprobar en la clínica con niños, el imprescindible papel de la madre en la introducción del tercero en tanto objeto de su deseo. Pero en la tríada, el padre también debe sentir el deseo de figurar y hacer presencia en la dupla.

En los casos presentados, este otro paterno, instaurador de la ley que rompe la fusión narcisística, especular, con la madre, adviene con debilidad tanto en la palabra de ambas madres como en los ámbitos de intercambio reales de éstos con sus hijos.

Ellas fallan en su capacidad de primero, narcisizar y luego, de separarse simbólicamente de sus hijos. Son madres con claras dificultades para “sentir” verdaderamente a sus hijos; el sentimiento materno ha estado en entredicho y en sus conductas, exhiben una performance mecánica y pobremente aprendida de una maternidad definida más por la acción que por la identificación con una función.

Una reflexión

Como cualidad típica de los tiempos que vivimos, la parentalidad ha sustituido a la paternidad, y los lugares cada vez más ambiguos e indefinidos dentro de las constelaciones familiares, abonan el camino para una identidad, por tanto más difusa, precaria, lábil y subyugada, a merced de lo pulsional.

La permisividad para gozar es legitimada por todos y en algún caso hasta exigida. El que no goza no es “cool”, no está en nada. ¡Claro! ésta ha sido siempre la consigna del adolescente de todos los tiempos, pero al tratarse de niños, el panorama se nos ofrece, como mínimo, preocupante.

Bauman (2), ha venido estudiando aguda y exhaustivamente los actuales modos de intercambio social y ha observado en las nuevas generaciones una urgencia por alcanzar el placer a cualquier precio, confundiéndolo con felicidad, con el propósito de renovar continuamente su identidad. Esa identidad que se va construyendo gradualmente y que visualizamos como un destino y un fin apacible y esperanzador, es despreciada por el joven de hoy y percibida como obsoleta frente a la atractiva inmediatez de lo novedoso, momentáneo y fácil. Todo viene ya listo y preempacado, tanto el té, como el jugo y los hijos. Este autor ha llamado “modernidad líquida” al nuevo orden social y a estas volátiles formas de relación con los otros y con nosotros mismos; el “síndrome de la impaciencia” es su definición para la dificultad de postergar la necesidad de gratificación instantánea. ¡Viva el imperio del principio del placer!

Por otra parte, el ilimitado acceso, desde muy temprano, a información de todo tipo, mediante esa suerte de biblioteca soñada por Borges, pero en ocasiones distorsionada en su uso como lo es la Internet, ha devenido en instrumento peligroso de erotización que borra toda frontera y espacio y obstaculiza procesos psíquicos que requieren de un trabajo más elaborado como lo son la fantasía, la ilusión y la sublimación. Es “chimbo empatarse, porque mejor es zampar y resolverse”, es decir, mejor ligar intermitentemente con el o la que aparezca que la “atadura” a un sólo –exclusivo- duradero- vínculo amoroso.

En youtube todo es posible, además de bajar videos musicales y otras informaciones de interés, también puedes ver una autopsia, una lapidación y, si te apuras, antes de que lo elimine la censura, una porno rapidita con todos los elementos perversos imaginables listos para ser observados por cualquiera sin importar la edad. La fantasía es materializada, concretizada y

elevada al nivel de lo superior y convenido.

En J y en M la pulsión se presentifica en sus dos caras antitéticas, sadismo y masoquismo. El uno y el otro se ubican en los puntos extremos del espectro, pero su oscilación abre una hendidura para la interrogación.

Cuando un niño nos es traído a consulta, nos llega también la demanda de los padres; las indicaciones y orientaciones suelen ser utilizadas y pertinentes la mayoría de las veces, pero el análisis del niño tiene su especificidad y es nuestro deber adherirnos a él sin olvidar que el niño es el paciente, aun cuando cargue con los ideales, deseos y fantasmas paternos.

Cada niño es un ser que debe encontrar su lugar propio y ser atendido en su singularidad. Cuando juega, cuando habla o cuando no sabe o no puede jugar, cuando no quiere venir a las sesiones, cuando se pelea con nosotros o cuando nos ama, el niño está siendo sujeto y nos comunica su realidad psíquica.

Nuestro trabajo consiste en ayudarlo a discernir y discriminar, como lo hacemos con el adulto, a reordenar sus pulsiones y semantizarlo descifrando con él el síntoma por el que sufre y gana.

Referencias

1. Aulagnier, P (1975). La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado. Amorrortu editores. Buenos Aires.
2. Bauman, Z. (2007). Los retos de la educación en la modernidad líquida. Editorial Gedisa, S.A. España.

NOTA: Toda la información que se brinda en este artículo es de carácter investigativo y con fines académicos y de actualización para estudiantes y profesionales de la salud. En ningún caso es de carácter general ni sustituye el asesoramiento de un médico. Ante cualquier duda que pueda tener sobre su estado de salud, consulte con su médico o especialista.